

9. EL AROMA DE LA EQUIVOCACIÓN (Helio)

Mi tío Augusto tenía una peculiar manera de preparar el café. Lo compraba en grano aún verde y, antes de hacerlo en una vieja cafetera italiana, lo tostaba y lo molía... a las seis de la mañana.

—Buenos días, sobrino, eres madrugador —saludó con sorna, al verme aparecer por la cocina.

—¿Quién demonios puede seguir durmiendo con este olor a café por toda la casa?

—Es agradable, ¿verdad? Este aroma es agradable..., nada más. No es importante. ¿A qué huele cuando te equivocas?

Mierda. Las seis de la mañana... Todavía no me había lavado la cara, y mi tío me soltaba un *koan* para volverme loco el resto del día. Sin saber qué responderle, me bebí una taza de café en silencio.

Ese día, al caer la tarde, Augusto fumaba su pipa de agua sentado fuera de la casa, contemplando el atardecer con la mente a saber en qué rincón del mundo. Traje una silla para sentarme a su lado y me ofreció la manguerita del narguile. Unos minutos después, comenzó a hablar sin mirarme; era su forma de contar historias...

«Fue en una abarrotería de una aldea de la sierra Tarahumara, en México. Yo estaba pagando a la señora, y, junto al mostrador, una niña hacía sus deberes sentada en un pequeño taburete. De súbito, una dentera del pasado me erizó la piel. La miré, la niña estaba concentrada en borrar las cuentas de matemáticas, y me llegó ese inconfundible aroma de nata.

Cuando eres niño, y te equivocas con tu lápiz, borras, y un bonito olor a nata calma el desasosiego, te deja el papel a campo abierto para una nueva oportunidad. Pero cuando creces, te cambian al bolígrafo para que escribas como los mayores, y a partir de ese día ya no escribes ni haces las cuentas con la alegría de un explorador en tierras nuevas, sino que aprietas con fuerza el bolígrafo y tienes miedo de equivocarte, pues los errores dejan la cicatriz de un tachón: fea, soez, visible. Nos privan de la maravillosa nata y, de un plumazo, también eliminan la curiosidad del explorador; nos inculcan el miedo, crecemos con miedo a equivocarnos. Desde ese momento en adelante no habrá mágico olor a nata si escribimos avión con “b” o la maldita ecuación sale con decimales. Te dan un bolígrafo y te avisan: si haces un tachón, escribirás la palabra cien veces.

La niña Adelina borra con ahínco sus cuentas, pone el afán de quien sabe que no dejará huellas de su error y tendrá una nueva oportunidad, con la inocencia alegre de una niña de nueve años. En casa, su padre violó a su hermana tras una catarata de alcohol, y alguien pensó que sería mejor sacarla de allí antes que otra catarata la anegase también a ella. La llevaron al pueblo. Porque los mayores escriben con bolígrafo y dejan tachones.

Su imagen en el mostrador de aquella abarrotería, concentrada en su manita y en sus cuentas de matemáticas, me hizo recordar mi infancia, a un pequeño lápiz que campaba a sus anchas por mis cuadernos. Por la noche, mientras yo dormía, me dejaba palabras inoportunas en mis dictados, imperativos de verbos sencillos: vuela, ríe, busca, imagina,

ayuda, grita, sueña... Por la mañana, antes de ir a la escuela, yo tenía que revisar mis deberes para borrar lo que el lapicillo había escrito por la noche y que la maestra no me regañase.

Tendría la edad de Adelina cuando en la Primera Comunión me regalaron una pluma para que aprendiera a ser adulto. Con nueve años, yo no sabía que en el mundo había hombres borrachos que violan a sus hijas; Adelina sí lo sabía. Tampoco sabía que pueblos enteros mutilan el clítoris a las niñas, que hay madres que venden el culo de sus hijos a europeos gordos y bien vestidos que después regresan a sus importantes oficinas como quien nunca ha roto un plato o ha tenido un tachón en su cuaderno. Yo era feliz con mi goma de nata, y me regalaron una pluma junto a una bienvenida: ya eres mayor. Pasada la alegría inicial, pronto se esfumó el humo del engaño, y me di cuenta de que había perdido en el cambio. Quise recuperar mi lápiz, pero me dijeron que era grande para eso, que debería escribir para siempre con tinta.

Vivir entre tachones es desagradable, todo es demasiado obvio, sucio, expuesto a la vista del vecindario, y se crece con una presión insoportable, pensando cualquier cosa dos veces antes de escribirla. Claro está que puedes arrancar la hoja y tirarla a la papelera, eliminar cuidadosamente los trocitos de papel que se quedan entre la espiral de alambre, y una o dos hojas menos no se notarán, pero, si cometes muchos errores, tu cuaderno holgado y delgado se convierte en el sospechoso indicio de que algo no va bien. No eres inocente, no eres un niño que escribe con lápiz, sino un aprendiz de adulto que comienza a almacenar errores. Necesitas aprender a deshacerte de ellos.

Nadie me lo explicó así el día de mi comunión, mas coincidirás conmigo, sobrino, en que las equivocaciones afean la convivencia y crean malas conciencias. Imagino que para eso existe el confesionario, para borrar con olor de nata los errores de tinta de la pluma que te regalan, y que, tras la bendición del cura, un aire de inocencia te transporte al recuerdo de un papel borrado, listo para una nueva oportunidad. Cuando empieces a llenar tu conciencia de tachones, pásate por una limpieza completa. Tu nueva goma de borrar, tu nueva papelera.

Sin embargo, a medida que la vida pasa, ni confesionarios ni papeleras dan abasto, siempre hay algún inoportuno que descubre el olor a mierda debajo del aroma de nata. Suele ser gente inquieta, de olfato sensible, que no deja las cosas estar tranquilas; gente en cuya infancia hubo lapicillos nocturnos que escribían en sus dictados imperativos de verbos sencillos.

Tú has crecido con una interesante novedad, hoy se usa típex para tapar las equivocaciones, una sábana blanca de pureza; aquí no pasó nada, y sigamos adelante, que a mí me parece más soez aun que el tachón. Dictados a bolígrafo sin tachones, y el mundo es bonito, perfecto. Los cadáveres en el armario, los secretos en el confesionario y las incógnitas matemáticas mal despejadas bajo el típex.

En fin, Helio, todos dejamos atrás la inocencia, dejamos de ser un explorador en tierras nuevas, y aprendemos a temer la equivocación. También aprendemos, y aquí está el problema, que cualquier error se puede esconder en una papelera, poner bajo el típex o en el confesionario.

Ahora que vas a emprender un largo viaje, querido sobrino, trata de averiguar a qué huelen las equivocaciones y mantente lejos de ese olor, porque para las pesadillas de Adelina no hay ni papelera, ni t pex, ni confesionario, ni maldito olor a nata que valga.»

(Capítulo de la novela El Círculo de las Artes Efímeras, de Salva Rodríguez)

www.unviajedecuento.weebly.com

FB: El Círculo de las Artes Efímeras